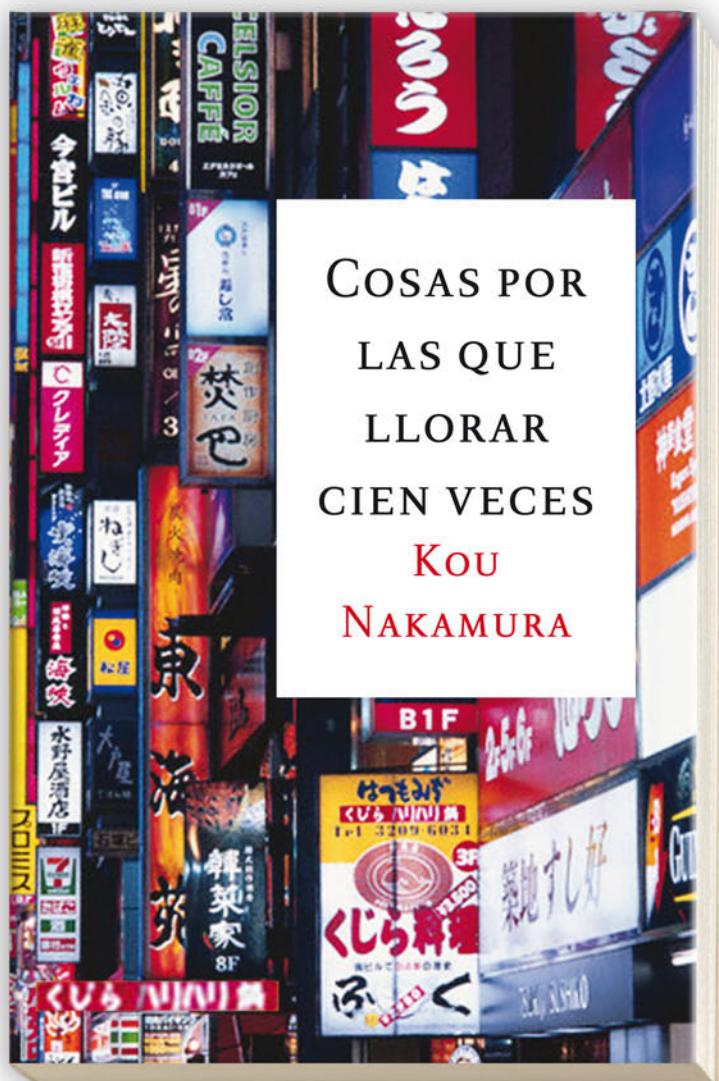


1er capítulo

Cosas por las que llorar cien veces

Kou Nakamura



Cosas por las que llorar cien veces

Kou Nakamura

Traducido del japonés por Jordi Juste y Shizuko Ono

emecé

Uno

Mi madre me dijo por teléfono que la perra se estaba muriendo.

No había vuelto a casa de mis padres desde que conseguí un trabajo, así que hacía unos cuatro años que la había visto por última vez. Me la encontré la primavera en que terminé el bachillerato, por lo que ahora debía de tener unos ocho años. Supuse que estaría entrando en la edad de los perros viejos, pero me parecía que todavía era pronto para que se muriera.

Traté de recordar cómo era. Mestiza, pequeña y cubierta de largo pelo castaño. Hembra. Una monada de perra, con la frente redondeada y unas grandes pupilas.

Mi madre hablaba despacio al teléfono.

—Claro que..., aquella vez, también nos alarmamos...

Su relato se había remontado un año antes, cuando el cuerpo de la perra sufrió una extraña alteración.

Un día, de repente, su cuerpo se hinchó. Mis padres se preguntaban qué le estaría pasando cuando, al día siguiente, vieron que se le había enturbiado el conocimiento y no se movía. Desconcertados, se apresuraron a llevarla a la clínica veterinaria, donde les dijeron que estaba a 170 de algo llamado BUN. Se trataba de una insuficiencia renal grave.

«Es un misterio que todavía esté viva», le dijo el veterinario, y mi madre derramó unas lágrimas. La perra estaba tumbada en la camilla con los ojos cerrados. Le estaban administrando diuréticos para bajar la hinchazón, pero, aun así, no conseguía orinar.

Al final se quedó ingresada con el gota a gota en una pequeña habitación. Más allá de la ventana circular de la puerta, sólo se veía una barriga blanca que subía y bajaba. Finalmente podían confirmar que la perra respiraba.

Su estado no varió ni al día siguiente ni al otro. Permanecía tumbada en la pequeña habitación, conectada al gotero, como si estuviera muerta.

—Estaba con papá, así que creo que debía de ser miércoles... —dijo mi madre, arrastrando la última sílaba.

Por primera vez desde que la ingresaron, la perra abrió los ojos. Fue un miércoles por la mañana. Más allá de la pequeña ventana, los débiles ojos del animal atraparón a mis padres. Al parecer, mi pa-

dre profirió una exclamación, al tiempo que mi madre gritaba «¡Aquí, aquí!» y, medio llorosa, golpeaba el cristal de la ventana.

La perra entreabrió la boca y meneó la cola. Fue un movimiento leve, como causado por el viento, pero sin duda movió la cola después de ver a mis padres.

—Esa vez, quizá, al vernos a nosotros..., creo que se encendió una llamita en su cabeza.

«Se encendió una llamita en su cabeza», ésa fue la expresión que usó mi madre.

Ese día fue como una especie de umbral. A partir de ahí, la perra comenzó a mejorar. Recuperó la conciencia, y cada vez que iban a visitarla movía la cola con más fuerza. La hinchazón del cuerpo también empezó poco a poco a remitir, y finalmente pudo levantarse. «Ha sido una recuperación milagrosa», parece ser que dijo el médico.

—¿No crees que fue por el deseo que tenía de volver a casa?

El día que le dieron el alta, la perra, en brazos de mi madre, tenía una expresión de evidente alivio.

—Cuando volvió a casa husmeó por todas partes con cara de felicidad.

Dice mi madre que, todavía ahora, no puede olvidar su expresión.

A partir de entonces, la perra pasó un año en

casa luchando contra la enfermedad. Se trataba de una dolencia progresiva, así que no había posibilidad de que se curase. Mejoraron su calidad de vida e intentaron retrasar al máximo el avance de los síntomas.

Le prescribieron un medicamento para que pudiera evacuar y le hicieron seguir un régimen alimenticio bajo en fósforo y sodio, con moderación de proteínas de alta calidad. Durante las horas más cálidas, mis padres dedicaban mucho tiempo a que paseara tranquilamente y, cuando se cansaba, se echaba a dormir. La llevaban a la clínica periódicamente para hacerle análisis de sangre (parece ser que odiaba los pinchazos con toda su alma).

Así pasó un año, tranquilamente.

Dicen que un año en la vida de un perro equivale a siete años para las personas. Visto así, la perra pasó siete años luchando contra la enfermedad. En algún momento dejó de ver, y ya casi no oía. Tampoco se sabía hasta qué punto le funcionaba el olfato. Los últimos meses no paseaba, y parece ser que ya no respondía a los estímulos exteriores.

Finalmente, ayer se había quedado tumbada sin poder levantarse. Al parecer, cuando la acariciaban y le hablaban, a veces abría un poco los ojos.

—¿Crees que aguantará hasta el fin de semana?
—le pregunté a mi madre.

—Pues... hum... —murmuró ella como si espirara.

Luego se quedó unos segundos callada y finalmente añadió—: Pues... quizá no llegue.

Es la perra que yo recogí. Pasamos juntos el año que estuve en casa estudiando para mi examen de ingreso en la universidad. En la habitación del primer piso, donde no daba el sol, yo estudiaba y ella dormía.

¿Será normal que los perros duerman tanto cuando son cachorros? En aquella época no pensaba en eso, pero ahora me parece extraño. Recuerdo que yo estaba frente al escritorio y ella pasaba casi todo el tiempo durmiendo a mi lado.

Si, mientras estudiaba, yo me levantaba y estiraba los brazos para desperezarme, ella lo notaba, se incorporaba y se acercaba a mí corriendo. Se sacudía y hacía sonar la campanilla que llevaba al cuello. Cuando me miraba con su frente redonda, me parecía una monada.

Luego deambulaba un rato por la casa y, cuando se aburría, regresaba junto al despertador. Yo no sabía por qué siempre se dormía arrimada al despertador. Más tarde me enteré de que los cachorros de perro asocian el tictac de los relojes con los latidos del corazón de su madre, y eso hace que se sientan confortados.

Llegó la primavera y aprobé el examen de ingre-

so en la universidad. «Volveremos a vernos», le dije antes de separarme de ella.

–Oye, tú –oí que decía mi madre al otro lado del teléfono, dirigiéndose a la perra–. Aguantarás cuatro días más, ¿verdad?

¿Qué cara pondría ella al oír esa pregunta?

Me vinieron a la mente su frente redonda y sus grandes pupilas. Me la imaginé mirando a mi madre, como diciéndole «haré lo que pueda».

–Si es sólo hasta el fin de semana..., creo que conseguirá aguantar –dijo mi madre, quizá sin ningún fundamento.

–Vale –respondí.

Iría el domingo a verla.

En el calendario, bajo la fecha del domingo, cuatro días después, anoté *Book*.

–Hasta entonces –dije, y colgué.